

BRITANIA

SIMON SCARROW

BRITANIA

Traducción de Ana Herrera



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *Britannia*

Diseño de la cubierta: Salva Ardid Asociados

Diseño de la colección: Jordi Salvany

Primera edición: septiembre de 2018

© Simon Scarrow, 2015

© de la traducción: Ana Herrera, 2016

© de la presente edición: Edhasa, 2016, 2018

Diputación, 262, 2^o1^a

08029 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

España

E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-2180-7

Impreso en Black Print

Depósito legal: B. 21692-2018

Impreso en España

Para John y Joan Prigent

LA PROVINCIA ROMANA DE BRITANIA

52 a.C



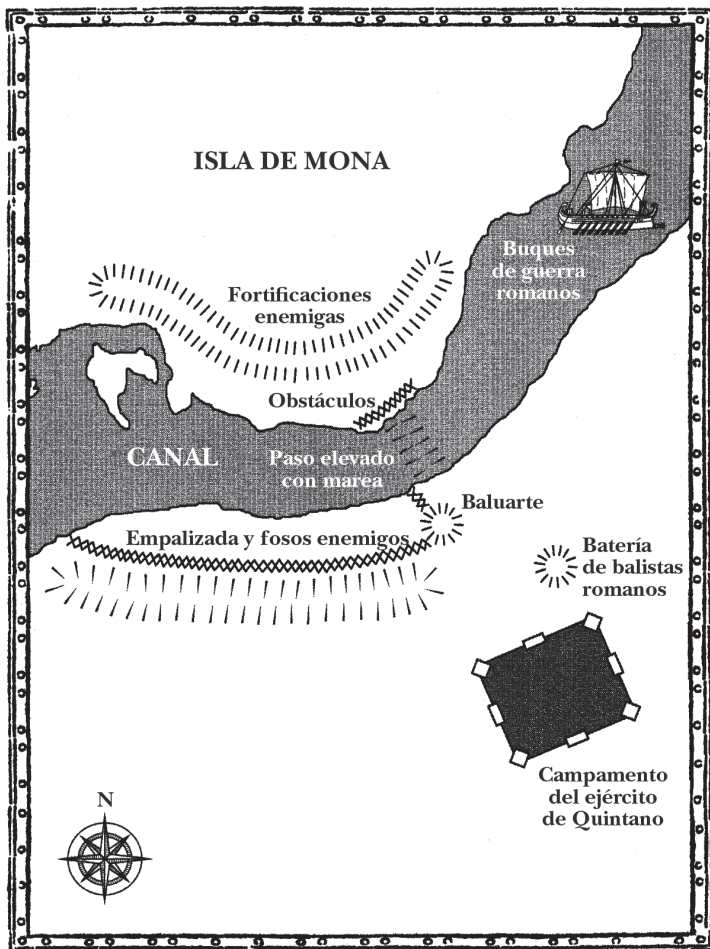
GALES DEL NORTE

52 a.C

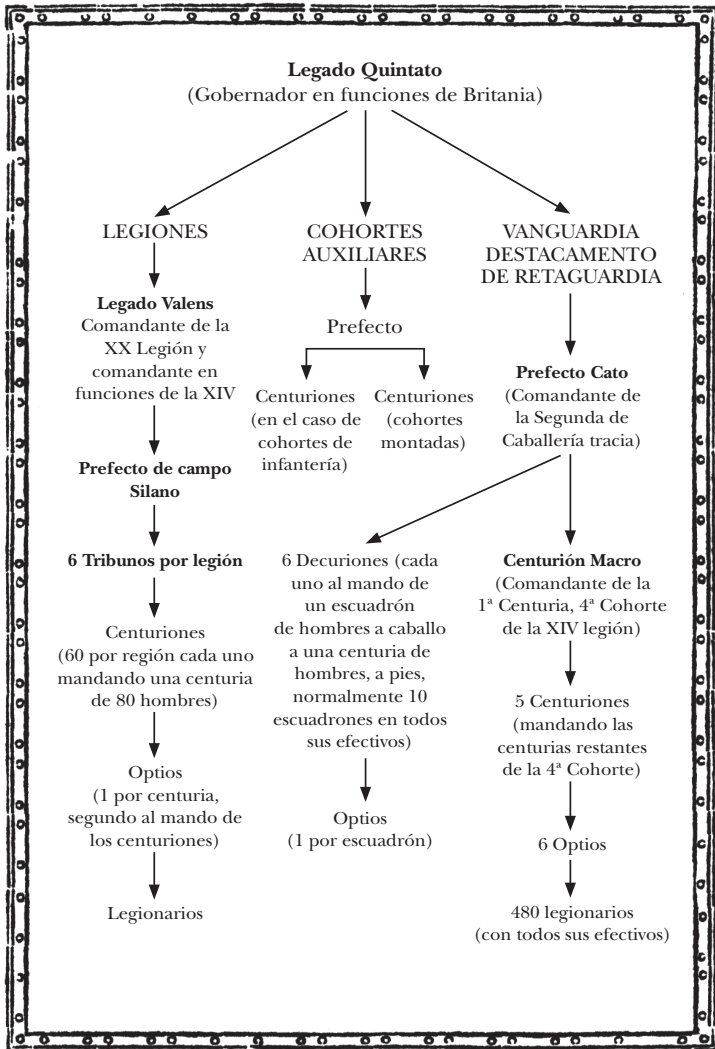


EL SITIO DE MONA

52 a.C



CADENA DE MANDO



PERSONAJES

En el castrum:

Segundo de Caballería Tracia, «Cuervos Sangrientos»

Prefecto Cato

Decuriones Mirón, Temístocles, Corvino, Aristófanes,
Harpex, Platón

Soldado Thraxis

Cirujano Pausino

Optio Pandaro

Cuarta Cohorte, XIV legión

Centurión Macro

Centuriones: Crispo, Festino, Portilo, Léntulo, Macer

Optios: Crotón, Diodoro

Destacamento de la Octava Cohorte Iliria

Centuriones: Fortuno, Apilo

Optios: Safros, Mago

Auxiliar Lomo

Columna de invasión de Mona:

Legado Quintato, oficial al mando

Legado Valens, comandante de la XX legión y de la
XIV, temporalmente

Prefecto de campo Silano
Tribuno Livonio

Otros:

Aulo Didio Galo, futuro gobernador de una provincia
en rebelión

Cayo Porcino Glaber, jefe del estado mayor de Galo
Venisto, líder venal de los seguidores de campo de la
Octava Cohorte Iliria

Julia, desgraciada esposa de militar

Petronio Deano, comerciante del norte

Lucio, hijo del prefecto Cato y Julia

CAPÍTULO I

Octubre, 52 d.C.

—¿En qué piensas? —preguntó el prefecto Cato, mientras miraba hacia abajo del promontorio, hacia el asentamiento fortificado que se extendía al fondo del valle. Aunque no parecía tan formidable como los enormes castrum de las colinas que había visto en las tierras del sur de Britania, los hombres de la tribu de los deceanglos habían sabido erigir muy bien sus defensas. El asentamiento estaba construido sobre un terreno elevado, junto al río que discurría veloz por el valle. Una ancha zanja rodeaba un terraplén cubierto de hierba coronado por una recia empalizada. A cada extremo del asentamiento se abría una puerta fortificada, donde los centinelas hacían guardia vigilando el valle en todas direcciones. Cato estimaba que debía de haber varios centenares de chozas redondas dentro de las defensas. Allí se encontraban también muchos animales en rediles, junto con lo que parecía un grupito de toldos, cubiertas de los silos de grano con paredes de piedra que usaban los nativos.

Echado junto al joven oficial se encontraba el centurión Macro, con la cara arrugada y contraída y los ojos guiñados por el sol que a media tarde inundaba el valle, confiriendo un brillo bruñido a los campos en rastrojo y las ramas de los

pinos, de un verde oscuro, que cubrían las laderas a cada lado del asentamiento. Ambos hombres se habían quitado los cascos y se los habían dejado a la pequeña patrulla que esperaba al otro lado del promontorio; los mismos hombres que habían informado de una actividad poco habitual en el pueblo el día anterior. Vestidos con mantos de un color pardo oscuro y poco llamativo, se habían aproximado cautelosamente hasta un punto en el que tenían buena panorámica entre los árboles atrofiados que cubrían la colina. Cato y Macro evitaban ser vistos por el enemigo, y al mismo tiempo habían conseguido contemplar los preparativos de los guerreros deceanglos.

Macro, veterano muy curtido, frunció brevemente los labios.

—A mí la cosa me parece bastante clara. Han reunido hombres de los pueblos de la periferia. ¿Ves esa multitud que se apiña junto a los caballos? Justo al lado del montón de lanzas y escudos. Por diez denarios consigues uno; no es una partida de caza, precisamente. —Hizo una pausa, mientras estimaba rápidamente la fuerza del enemigo—. No serán más de quinientos o seiscientos. No suponen un peligro inmediato para nosotros.

Cato asintió. Era verdad. El asentamiento al que los habían enviado, a diez millas hacia el este, estaba bien situado y guarnecido por las dos unidades que tenía bajo su mando: la cohorte de legionarios de Macro, procedente de la Decimocuarta, y su propia cohorte auxiliar montada, pero sólo en parte. Los Cuervos Sangrientos, como se les conocía debido al diseño de su estandarte, en tiempos habían sido una unidad de caballería. Sin embargo, las recientes campañas en las montañas del occidente de la provincia habían causado la pérdida de la mayoría de los caballos del ejército. El depósito de instrucción en Lunto

había trabajado mucho para conseguir repuestos, pero todavía eran demasiado escasos para satisfacer las necesidades del ejército. Como resultado, la mitad de los hombres de la cohorte de Cato ahora servían como infantería y la unidad había sido enviada, junto con los hombres de Macro, a uno de los puestos de avanzada encargados de proteger la frontera de la nueva provincia del emperador Claudio. Un nuevo grupo de reclutas había reforzado las filas de ambas unidades, equiparando sus fuerzas casi al mismo nivel con el que habían empezado la campaña contra las tribus de la montaña. Con más de cuatrocientos legionarios, junto con la misma cantidad de tropas auxiliares, la partida de guerra que se estaba reuniendo no suponía para ellos un grave peligro.

Y eso les suscitaba una pregunta:

—¿Qué estarán tramando?—Cato intercambió una breve mirada con su subalterno, suponiendo que sus pensamientos se dirigían en el mismo sentido que los suyos—. Haré que avisen al legado. Existe la posibilidad de que haya informes similares de otros puestos de avanzada..., en cuyo caso parece que los druidas han vuelto a hacer de las suyas y que tendremos problemas de nuevo.

—Hijos de puta... —susurró Macro—. Esos condenados druidas... ¿Es que esos malditos melenudos no saben cuándo rendirse?

—Es su tierra, Macro. Ésta es su gente. ¿No harías tú lo mismo si estuvieras en su lugar?

—Si yo estuviera en su lugar, señor, las legiones nunca habrían puesto un pie en estas tierras.

Cato rio ante la fanfarronería de su amigo.

—Admiro tu orgullo por nuestras cualidades como guerreros, pero no puedo evitar lamentar tu falta de empatía.

Macro lanzó un bufido.

–Cualquier sentimiento que hubiera podido albergar hacia esos bárbaros peludos desapareció hace mucho tiempo. Tendrían que haber sido lo suficientemente listos para darse cuenta de que no podían derrotarnos.

–A veces han estado a punto de conseguirlo...

Macro levantó una ceja.

–Si tú lo dices, señor...

–Y no es que no nos hayan disputado cada paso del camino que hemos dado –suspiró Cato–. Hace casi diez años que desembarcaron aquí nuestros primeros ejércitos y aún no estamos próximos a tener la provincia bien asegurada. Por supuesto, no ayuda nada que hasta a los nativos que se supone que están de nuestra parte los tratemos poco menos que como a animales...

Su compañero le dirigió una mirada fatigada. Macro ya había oído a su amigo hablar de esa manera antes, y lo atribuía al peculiar interés que sentía el joven por las afectaciones de la filosofía griega y a su tendencia a pensar demasiado las cosas. No le parecía que a los griegos les hubiera servido de mucho, meditó. Después de todo, su tierra ahora era una provincia de Roma, igual que toda Britania acabaría por serlo algún día. Se aclaró la garganta antes de responder:

–Bueno, sí, pero recibirán mejor trato cuando dejen de portarse como animales y acepten nuestra forma de hacer las cosas. Pero primero tenemos que demostrarles nuestra fuerza y hacerles entrar en razón a palos. –Señaló el asentamiento con el pulgar–. Empezando por esos druidas. Te digo que nuestro trabajo aquí será mucho más fácil en el momento en que clavemos a esos hijos de puta en una cruz y los dejemos secar.

–Quizá –reflexionó Cato. La hostilidad de Macro hacia el culto druídico estaba bien fundamentada. Aunque los reinos tribales de la isla estaban muy divididos y la mitad de

ellos ya habían firmado tratados con Roma antes de que los primeros legionarios hubieran puesto el pie en aquellas costas, todavía seguía muy imbuida en ellos la veneración hacia los druidas y eran susceptibles de responder a sus llamadas a la resistencia contra los invasores. En aquel momento, como bien sabía Cato, incluso muchas de las tribus que supuestamente estaban bajo control romano todavía miraban hacia los druidas para continuar la lucha. Muchos de sus guerreros habían traspasado la frontera, habían cruzado las montañas, para unirse a las filas de los que aún combatían a Roma. La situación se había recrudecido con la muerte del gobernador de la provincia; cuando fue asignado a Britania, Ostorio era un comandante muy bregado ya. Resultó que demasiado bregado. El esfuerzo de luchar contra las tribus de la montaña lo agotó por completo. En una reunión de oficiales, se derrumbó, y murió menos de un mes después.

Había sido algo muy inoportuno. Las legiones acababan de vencer a las tribus nativas con mucho esfuerzo. Su comandante, Carataco, había sido capturado y enviado a Roma junto con su familia, y sus seguidores estaban muy desmoralizados. Y entonces murió el gobernador. De inmediato, los druidas aprovecharon el momento como señal de los dioses: los romanos estaban malditos y las tribus debían continuar la lucha; ahora tenían la aprobación divina. Comenzaron entonces a atacar los puestos de avanzada en la frontera, las columnas de suministros y las patrullas sufrieron emboscadas y el ejército se vio obligado a replegarse hacia un territorio más fácilmente defendible, aquel que rodeaba las tierras de los siluros, ordovicos y deceanglos. La falta de un liderazgo claro iba minando notablemente la posición romana y era poco probable que el nuevo gobernador llegase antes de la primavera. Y ahora tenían pruebas fehacientes de que las tribus se estaban reuniendo para renovar el ataque.

–Ya he visto suficiente –decidió Cato–. Vámonos.

Retrocedieron hacia los árboles, a rastras. En cuanto se encontraron a salvo, ocultos entre las sombras, los dos hombres se pusieron de pie y se ajustaron las espadas y los mantos. Por encima de ellos, las ramas todavía conservaban las hojas. El follaje estaba teñido de rojo y amarillo, y la suave brisa desprendía y hacía revolotear por los aires las hojas más secas. Cato, que era más alto y más delgado que su amigo, se estremeció. No le gustaba nada la idea de pasar los largos meses de invierno confinado en aquel castrum, al que algún bromista cercano al antiguo gobernador había dado el nombre de Imperatoris Stultitiam... «la locura del emperador». Había sido una de esas ocurrencias que acaban arraigando, y así se describía al fuerte ahora en toda la correspondencia oficial. El clima invernal de la isla ya era lo bastante malo, reflexionaba Cato, pero allí, entre las colinas y las montañas, era implacablemente frío, húmedo y ventoso.

Cato añoraba las comodidades de Italia, su clima más suave. Lo que es más: era allí donde su esposa esperaba su regreso, en la casa que habían comprado en Roma. Por aquel entonces Julia ya habría dado a luz a su primer hijo, y Cato esperaba ansiosamente una carta con la noticia para que su mente pudiera tener descanso. Pasarían meses, quizás años, antes de que Britania estuviese lo bastante pacificada como para que le dieran permiso para volver a Roma, de modo que ya había decidido que le pediría a Julia que viajase a la isla. Las primeras ciudades de la nueva provincia estaban creciendo con rapidez y, aunque eran todavía primitivas, contaban ya con las comodidades suficientes para ofrecer un simulacro de la civilización que se extendía en el resto del imperio. Así Julia y él podrían verse con mayor facilidad, y Cato podría saborear un poco más la vida

hogareña que tanto echaba de menos desde que recibió la noticia del embarazo.

Macro dirigía el paso colina arriba, entre los árboles, rozando con las botas las hojas caídas y haciendo crujir levemente las ramitas bajo sus pies. El suelo pronto se aplanó al llegar a la cima de la colina, y empezó a descender por el otro lado hacia el camino donde les esperaba el escuadrón de la caballería auxiliar. Con la colina entre ellos y el enemigo, los oficiales se sentían a salvo y hablaban en un tono normal, sin peligro de que los detectaran.

–¿Crees de verdad que esos hijos de puta se van a meter con nosotros antes de que llegue el invierno? –preguntó Macro.

Cato se quedó pensativo un instante y luego asintió.

–Es más que probable. Los druidas querrán atacar rápidamente, mientras su pueblo celebra todavía la muerte de Ostorio. Van a ponernos las cosas muy difíciles, pero dudo de que tengan la fuerza suficiente para expulsarnos de las montañas. Gracias a los dioses que ya no está aquí Carataco para dirigirlos...

–Sí, joder, menos mal –gruñó Macro con pasión–. Ese cabrón se sabía más trucos que una puta de diez sestercios.

Cato arqueó una ceja, divertido.

–Qué expresivo.

Macro escupió en el suelo.

–Y por culpa de nuestra mala fortuna no nos darán ninguna recompensa por capturarlo, no una, sino dos veces. Seguramente será algún otro hijo de puta con suerte el que se lleve el mérito.

Cato comprendía muy bien la amargura de su amigo. Era muy injusto, pero había servido el tiempo suficiente en el ejército para saber que un soldado raramente recibe lo que merece. Sobre todo cuando hay algún político por ahí dispuesto a reclamar el éxito de otros como si fuera suyo.

–Me pregunto cómo van a recibir a Carataco en Roma cuando llegue encadenado... –continuó Macro–. Espero que le den el mismo trato que César dio al galo.

–¿Vercingétorix?

–Sí, ése.

Cato recordó al hombre que se había enfrentado a Julio César cien años antes. Derrotado en Alesia y hecho prisionero, languideció en una mazmorra bajo tierra en Roma durante varios años, y luego lo sacaron a rastras a las calles y lo estrangularon en un espectáculo principal del triunfo de César. Un final indigno de un enemigo tan noble, pensaba Cato. Esperaba que el emperador Claudio le ahorrara una muerte tan desgraciada y humillante a Carataco. Había luchado contra Roma con nobleza, incansablemente, y merecía el respeto de sus enemigos. A pesar de lo que pudiera sentir Macro.

–Espero que no.

Macro le arrojó una breve mirada por encima del hombro.

–¿Te compadeces del noble bárbaro?

–Algo así. –Cato sonrió.

–Mierda, ¿cuándo vas a aprender, chico? Estamos nosotros y están ellos, los bárbaros, interponiéndose en el camino de Roma y en nuestro destino. Si son listos, se apartarán y nos dejarán pasar. Si no lo son, demostrarán que son idiotas. No hay lugar para la compasión en este mundo. Eso es todo lo que hay que saber de nuestro oficio.

Cato se encogió de hombros. Una conversación tan informal entre un centurión y su comandante en jefe normalmente despertaría mucha desaprobación, pero ellos dos habían servido codo con codo desde que Cato se unió a las legiones, una década antes. En privado todavía seguían conversando con la informalidad de años anteriores, y eso Cato

lo valoraba mucho. Era mucho mejor tener un subalterno que sabía que le hablaría con sinceridad que uno que obedeciera sin pensar.

—Además —continuó Macro—, ¿crees por un momento que ellos te iban a devolver el favor? En absoluto. Nos odian a muerte, y nos cortarían la garganta en un segundo, si pudieran. Las únicas personas que creen que existen bárbaros nobles son esos mariquitas literatos de Roma, siempre a vueltas con sus malditas historias. No existen los bárbaros nobles, sólo hay bárbaros.

—Pensaba que ya habías agotado la caterva de insultos hace mucho tiempo —respondió Cato—. ¿Por qué no me haces un favor y ahorras fuerzas, eh?

Macro apretó los labios y frunció el ceño.

—Como quieras, prefecto.

La referencia al rango de Cato denotaba que Macro se había ofendido por el desaire. Cato suspiró en silencio y siguió a su amigo en silencio.

Ante ellos, entre los árboles, se veía luz, y un momento después salieron al camino originario que atravesaba el bosque. Hicieron una pausa, respiraron agitadamente y luego miraron a ambos lados, pero no había señal alguna de los soldados que habían venido con ellos desde el fuerte.

—No reconozco este punto... —murmuró Cato—. Supongo que habremos salido más adelante.

—¿En qué dirección?

Miró hacia arriba, a la cima de la colina, y se fijó en unas rocas que había visto antes.

—Hacia la izquierda. Vamos.

Anduvieron a paso rápido por el camino, rodeado por árboles a ambos lados, y con la brisa susurrando entre las ramas. Un poco más adelante la senda giraba para seguir la línea de la colina, y allí, a cincuenta pasos de distancia, se

encontraron con la patrulla. Diez hombres esperaban junto a sus monturas, uno de ellos sujetando los caballos de sus oficiales además del suyo propio. Sus mantos, calzones y botas y los flancos de sus caballos estaban cubiertos de barro. En cuanto vio a los oficiales, el decurión Mirón alertó a sus hombres y éstos se dispusieron a montar.

–Tenías razón, decurión –dijo Cato al llegar junto a ellos–. Se avecinan problemas.

Mirón asintió con una inclinación de cabeza, aliviado al saber que su comandante estaba de acuerdo con él.

–¿Cuáles son tus órdenes, señor?

–Volvemos al fuerte. Y le contamos lo que hemos visto al legado.

Mirón clavó en él sus ojos.

–¿Y qué calculas que hará Quintato con la información, señor?

–No es asunto nuestro cuestionar al legado, decurión. –Cato se subió a la silla de montar y pasó la pierna por encima del lomo del caballo. Inmediatamente dio la orden: ¡Montad!

Todos se subieron también a la silla entre un coro de gruñidos, chasquidos de cuero y relinchos de sus robustas monturas. En cuanto los hombres hubieron sujetado las riendas con la mano izquierda y colocado las lanzas en los soportes de las sillas, Cato movió la mano hacia delante y puso a su caballo al trote. El camino era tan estrecho que los obligó por un rato a cabalgar en fila india, hasta que salieron del bosque y pasaron a terreno abierto. Entonces Macro arreó a su montura para que se adelantara un poco y se situó junto al prefecto:

–Debemos tener a los chicos preparados para marchar, señor. Por si Quintato da la orden...

–Ya lo sé. Quiero preparar un inventario completo de nuestros suministros. Me fijaré bien en todo lo que pueda

faltar en el cuartel general. No quiero que se repita la misma estupidez que nos pasó este año.

Macro asintió con resentimiento. A las dos unidades al mando de Cato les habían encargado la custodia de los carrromatos de intendencia, y el oficial de suministros del ejército los puso a la cola de todos. Hasta que Cato no amenazó al joven tribuno que estaba a cargo, no consiguieron lo que necesitaban. Ahora, si Quintato se veía obligado a emprender una nueva campaña, resultaría esencial asegurarse de que los Cuervos Sangrientos y los legionarios de Macro estaban adecuadamente equipados y tenían suministros para los rigores de la lucha en las montañas.

De repente, Cato levantó el brazo y tiró de las riendas. En el tiempo que le costó a Macro reaccionar, el caballo de éste ya había avanzado otro cuerpo entero y se había parado. Los jinetes que lo seguían hicieron lo mismo, y Cato se inclinó hacia delante en su silla y escrutó unas rocas que dominaban el camino, a poca distancia ante ellos.

—¿Qué ocurre, señor? —preguntó Macro.

—Hay movimiento allí. He visto a alguien entre las rocas.

Macro se quedó mirando un momento e hinchó los carrillos.

—No veo...

Antes de que pudiera continuar, una figura esbelta con túnica de lana se levantó y empuñó un arco. Instintivamente, Macro fue a coger la empuñadura de su espada, pero enseguida se quedó quieto y, al fin, soltó una risa sarcástica al ver que era un jovenzuelo desgarbado.

—¡Sigue tu camino antes de que te arranque el maldito pellejo!

Ahora que la tensión había cesado, los soldados soltaron a su vez risitas nerviosas. El chico gritó, desafiante, en su propia lengua, y soltó la flecha. Ésta formó un arco en direc-

ción hacia los jinetes y desapareció entre la hierba a un lado del camino.

–¡Maldito descarado! –gruñó Macro–. Le voy a enseñar al pequeñajo este a tener buenos modales, antes de que lo cojamos prisionero...

Espoleó a su caballo hacia la roca, animado por los gritos de algunos de sus compañeros. El chico sacó otra flecha y la puso en el arco, lo levantó de nuevo y apuntó al jinete que se acercaba al trote.

Cato se puso una mano en torno a la boca para advertirle.

–¡Macro! ¡Vigila!

La segunda flecha saltó del arco y Cato se dio cuenta al instante de que el joven había apuntado bien, o que había tenido suerte, dada la movilidad de su blanco. Macro se agitó en su silla. Su caballo fue aminorando el paso hasta un trote lento y luego se detuvo, mientras el centurión se inclinaba hacia delante para examinarse la pierna.

–Mierda... Ese hijo de puta me ha dado. –Su tono era más sorprendido que dolorido. Cato azuzó a su vez a su propia montura. El chico estaba de pie por encima de ellos, con la boca abierta y sorprendido asimismo ante lo que acababa de hacer. De inmediato, se rompió el hechizo, bajó su arco y se dio la vuelta para huir.

–¡Tras él! –aulló el decurión Mirón.

Cato tiró de las riendas para frenar su caballo junto a Macro y vio la oscura flecha que sobresalía de los pantalones de cuero que cubrían el muslo de su amigo. Ya se encharcaba la sangre en torno a la herida y le bajaba por la pierna, goteando hasta el suelo. El centurión sacudió la cabeza, incrédulo, con los labios retorcidos en una sonrisa irónica, mientras rechinaba los dientes.

–Me ha dado bien, ese pequeño sinvergüenza. Un disparo afortunado.

Cato bajó de la montura y se acercó a examinar la herida. Notó una sensación de aprensión al sentir la fuerza con que fluía la sangre. Era consciente de las oscuras siluetas de los jinetes que pasaban al galope cerca de ellos, conducidos por Mirón para atrapar al joven nativo, y tuvo la presencia de ánimo suficiente para llamar al decurión.

—¡Dejad al chico! ¡Decurión! ¡Que vuelvan tus hombres!

Los auxiliares abandonaron la persecución de mala gana, y contemplaron cómo el fugitivo se iba abriendo camino con destreza entre las rocas hacia la cima de la colina. Habría sido absurdo intentar perseguirlo. El chico era lo bastante astuto como para correr por un terreno por el cual no podrían pasar los caballos, y enseguida adelantaría a los soldados que iban cargados con sus armaduras, si le perseguían a pie. Cato se volvió a su amigo.

—Tenemos que detener la hemorragia, Macro. Es mal asunto.

—Ya lo veo, gracias.

Cato cogió aire con fuerza.

—¿Sabes lo que voy a tener que hacer?

—Sí, lo sé. Hazlo.

—Está bien. —Cato cerró el puño izquierdo en torno al asta de la flecha y apoyó bien el brazo. Con la mano derecha agarró también la flecha y tensó los músculos—. ¿Listo? A la de tres.

Macro asintió y levantó la vista.

—Uno... —Cato de repente partió la flecha. Su amigo rugió de dolor y lo miró enfurecido desde la silla.

—¡Maldito hijo de puta mentiroso, señor!

La sangre fluyó intensamente desde el extremo del mango incrustado en el muslo de Macro, y Cato a toda prisa se quitó el pañuelo que llevaba al cuello, metió una de sus puntas bajo la pierna del centurión y apretó bien

el resto alrededor de la pierna, colocando el improvisado vendaje lo mejor que pudo. Manchas oscuras aparecieron en la tela ya mientras la ataba, y levantó la mano—. Dame el tuyo.

Macro se quitó la tira de tela que llevaba en torno al grueso cuello, y Cato la ató por encima de su pañuelo, para completar el vendaje. A pesar de la presión la herida todavía sangraba. Supo que Macro estaba perdiendo demasiada sangre y con demasiada rapidez. Tenían que llevarlo de vuelta al castrum cuanto antes para que el cirujano de la guarnición pudiera atenderle.

—¡Mirón! Quiero a uno de tus hombres a cada lado del centurión. Mantenedlo erguido en la silla.

Cuando los hombres se hubieron colocado en posición, Macro meneó la cabeza.

—Yo no necesito malditas niñeras. Iré solo.

—Calla y haz lo que se te ordena —exclamó Cato, volviendo a montar.

Cogió las riendas y miró hacia arriba. El chico los miraba desde cierta distancia por encima de ellos. Se había detenido a insultar a los romanos y su voz penetrante rebotaba en las rocas. Pronto sonaría la alarma en el asentamiento y seguramente saldrían a perseguir a la patrulla—. Tenemos que largarnos de aquí.

No sin ansiedad, vio que Macro se tambaleaba ligeramente en la silla, ya algo mareado por la conmoción y la pérdida de sangre. Entonces la ansiedad de Cato se convirtió en miedo. Miedo de perder a su amigo más cercano como resultado de un absurdo enfrentamiento y por la suerte ciega de aquel segundo disparo del chico. La ironía de que Macro pudiera acabar abatido por un jovencuelo delgaducho, cuando había vencido a algunos de los enemigos más formidables del Imperio, era demasiado para Cato.

–Mierda. Mierda –murmuró mientras buscaba la mirada vacilante de su amigo–. No, tú no. Ahora no. Aquí no.

–De ninguna manera, joder –gruñó Macro a su vez–. No te preocupes, chico.

Cato asintió y luego se volvió al decurión Mirón.

–¡De vuelta al fuerte! No nos detendremos por nada. ¡Vamos!